

"Me gustaría poder hablar de él sin llorar"

Después de 25 años de dolor en silencio, Mari Carmen Belascoáin se ha decidido a hablar. Es su manera de homenajear la memoria de su hijo, Alfredo Aguirre, asesinado por ETA hace 25 años, cuando tenía 14, en la Bajada de Javier.

"Alfredico era un besucón, un cariñoso, un fuera de serie. Se ve que no era de este mundo y así se me fue"

"Estaba sangrando. Corriendo, lo cogí y le dije: ¿Qué te han hecho, hijo mío? ¿Qué te han hecho?"

"Lo que más duro me ha resultado de estos años ha sido ver salir de la cárcel a la asesina de mi hijo, toda jocosa, como si fuera una heroína"

[ver2 fotos](#)

[12 comentarios](#)

[Compartir](#)

[Email](#)

[Imprimir](#)



El recuerdo de su hijo Alfredo, asesinado por ETA hace 25 años, está presente a diario en la mente de Mari Carmen Belascoáin.
EDUARDO BUXENS

CARMEN REMÍREZ . PAMPLONA Domingo, 30 de mayo de 2010 - 04:00 h.

Después de un cuarto de siglo guardando el dolor entre cuatro paredes, las de su casa, Mari Carmen Belascoáin Tabar ha dado el paso de compartir su historia. Comienza su relato con entereza, pero no puede evitar emocionarse al recordar la terrible experiencia de ver cómo su hijo pequeño, Alfredo Aguirre Belascoáin, moría desangrado con 14 años, tras la explosión de una bomba de ETA camuflada en una bolsa de plástico frente al número 16 de su calle (él residía en el 13).

No ha superado el trauma de sobrevivirle, aunque poder honrar de algún modo su memoria le anima a volver sobre aquellos momentos, de los que hoy se cumplen 25 años. Acompañada de su otro hijo, Luis, dos años mayor que Alfredo (su marido, con una salud muy delicada, se encuentra ingresado en la clínica Padre Menni, en Pamplona), responde, dejándose llevar por la nostalgia y el cariño. No está acostumbrada a las entrevistas, se disculpa. Es la primera vez que se enfrenta a una.

Han pasado 25 años y la emoción todavía sigue a flor de piel...

Sí, soy toda temblores. Y más estos días en los que me vienen muchos recuerdos... Ay, lo que más me gustaría es poder hablar de él sin llorar... Sobre todo ahora, que físicamente estoy tan debilitada, con este hijo que me queda, siempre tan pendiente de mí, que no tiene ayuda de su hermano para turnarse ni nada... Lo de Alfredo... Siempre, siempre, continuamente me estoy acordando de él...

¿Cómo era Alfredo?

¿Cómo era? Pues no es que yo lo diga, lo decía todo el mundo, todo el barrio lo decía igual. De otros se dice después lo buenos que eran, cuando han muerto, pero de éste me lo decían todos en vida. Todos. Tenía un don de gentes... Impresionante, saludando a todo el mundo, siempre contento, siempre cantando. Llegaba a casa y me decía: "Mamá, enséñame a bailar" y se ponía a bailar conmigo. Un besucón, un cariñoso, un fuera de serie... Que se ve que no era para este mundo y así se me fue... Me han chafado la vida entera, entera... Para los calendarios hará 25 años, pero para mí son 5 días. Estoy igual...

El dolor no amaina...

Nunca. A todas horas está ahí. Estando así, mayor, sola, débil, recurro mucho a pensar en el hijo que ya no está aquí. Es un decir y dónde está y cómo está, a diario, y me oír o no me oír... Esto que nos pasó a nosotros es una angustia para toda la vida. Dice la gente que han pasado 25 años. Para mí no ha pasado nada. Días.

¿Cómo fue aquel 30 de mayo?

Mi marido y yo estábamos dando una vuelta por el Club Natación, éramos socios. Él estuvo un rato allí y luego subió a casa y cogió la bici. Cuando llegamos a nuestra calle, estaba andando en bicicleta. Recuerdo que le dije que no andara por allí, que eran calles muy estrechas (entonces aún podían circular coches por el casco viejo) y te pueden atropellar. Y él, nada, siempre con una sonrisa de oreja a oreja, me dijo: "Mami, tranquila, ellos son los que tienen que guardar las distancias".

Recuerda cada detalle de aquellas horas...

Los he revivido muchas veces. Nosotros vivimos en el 13 de la calle y es en el número 16 donde pasó todo. Allí vivía una amiga mía con su madre, que era una mujer mayor, de unos 80 años. Mi marido y yo subimos un momento porque me había pedido que le pusiera unas flores en un jarrón. Yo tenía mucha maña. Estaba colocándolas y Alfredico se había ido a dejar la bici en la bajera. La guardábamos ahí. Entonces oí dos timbrazos de abajo. Siempre, cuando era alguien de casa, llamábamos con dos timbrazos, para saber que era de la familia. Nada más oírlos, acto seguido, fue el boom. Tremendo, una explosión muy fuerte. Cayeron cuadros, cristales y de todo. Bajé como una loca al portal y estaba todo destrozado. En la puerta había un cuerpo tendido. Yo creí que era mi hijo y lo cogí en brazos. Pero no era Alfredo. Era el policía (en la explosión murió también el policía nacional Francisco Miguel Sánchez). Entonces levanté la vista y vi, allí, en medio de la calle... a mi hijo. Estaba tirado. Con una bota de deporte que había estrenado aquel día; se le había caído, estaba allí, a su lado. Estaba sangrando. Corriendo, lo cogí y le dije: "Hijo mío, qué te han hecho. ¿Qué te han hecho?". Pobrecico. Yo creo que aún estaba vivo porque todavía movía la boca. Todavía movía la boca... Pero claro, se desangró. Era todo un reguero de sangre.

¿Fue con él al hospital?

Después de eso ya tengo todo más borroso en la mente. Recuerdo que quería ir con él en la ambulancia, pero no me dejaron. Ya no volví a ver a mi hijo. Luego lo clásico, supongo, con todas las autoridades, estaba allí todo el mundo, pero yo sólo quería que me dejaran en paz. Verlo e irme a casa. Recuerdo que me entretenían, que querían darme agua, que supongo que en aquel agua habría alguna pastilla; y yo no quería pastillas. Yo quería sentirlo todo. A lo vivo. No me dejaban irme y allí estaban en fila todos los políticos. Todos dándome la mano... Qué horror. Yo les dije que les agradecía muchísimo su gesto, pero que no me consolaba nada. Nada.

¿Supo desde el primer momento que había sido una bomba?

Yo pensé en lo que nos dijo el niño, que una mujer embarazada había dejado una bolsa en la puerta de la casa, que había estado dando vueltas con la bolsa hasta que la dejó en la puerta. Y vimos allí una bolsa, pero no le dimos ninguna importancia. Luego nos contaron que lo tenían todo planeado.

¿Usted pensó que podía ser ETA?

Sí, lo pensé. Lo que pasa es que estaba tan loca, tan embarullada... Sólo hacía unos días que habían puesto una bomba a ese pobre hombre, Izquierdo, que le dejaron sin dos piernas y sin un brazo. Ese día estaba yo con mi hijo Alfredo, comiendo los dos y claro, comentábamos la desgracia de este señor, lo que le había pasado y yo empecé a llorar viendo la televisión. Él me dijo entonces: "No les hagas caso, que los políticos siempre dicen lo mismo". Y... Y con eso nos quedamos. Porque a los días se nos fue.

Ha tenido que ser muy duro...

Lo que más duro me ha resultado es haber vivido la salida de la cárcel de la asesina de mi hijo, Mercedes Galdós. Toda jocosa y feliz, con la gente esperándola para recibirla como si fuera una heroína. Eso lo he sentido como imperdonable. Ahora no sé si se cumplen más años, pero entonces... Le echaron muchísimos y ¿cuántos pasó? Ni lo sé. Cada vez que pienso en eso lo quiero olvidar. Dicen que le redujeron la condena por buena conducta. Y yo escucho eso y me río, buena conducta, qué querían si no, ¿que se liara a tiros allí dentro, en la cárcel?



"Eran años muy duros, en los que un muerto tapaba a otro cada pocos días"

[0 comentarios](#)

[Compartir](#)

[Email](#)

[Imprimir](#)

C.R. . PAMPLONA Domingo, 30 de mayo de 2010 - 03:59 h.

Los días posteriores debieron de resultarle muy intensos. ¿Cómo vivió la reacción del colegio, de Jesuitas, la manifestación multitudinaria de repulsa...?

Yo estaba muy empapada en lo mío. Simplemente recuerdo que desde Jesuitas, donde iba mi hijo, nos mandaron mucho cariño. A la manifestación no acudí. No me sentía con fuerzas. Sí recuerdo que el funeral, en la parroquia de San Agustín, fue muy emotivo. Me dijeron que fueron muchísimas las personas que se quedaron fuera. Pero a mí lo que me dijeron, porque yo estaba en una nube...

¿Ha sentido el calor de la gente en estos 25 años?

Sí, pero ya sabes lo que pasa. En aquellos tiempos había un muerto cada poquito tiempo y el dolor de uno tapaba el del anterior y así siempre... Al final, el dolor se ha quedado dentro de cada casa.

Cada atentado que ha vivido después le habrá hecho, de alguna forma, revivir su dolor.

No sabes bien. Era una situación extraña. Quería saber pero a la vez, no. No podía. Se me venía encima todo el recuerdo. Y con él, una gran angustia.

De cara al 25 aniversario de su asesinato, se preparan homenajes como el de Libertad Ya.

Todo lo que se haga por él me parecerá bien. Me cuesta mucho bajar al cementerio, pero de vez en cuando me obligo y voy. Cuando limpio el panteón siento como si le estuviera haciendo la cama otra vez, como cuando era pequeño... Me acuerdo de él todos los días. A veces me echo a llorar y pienso que no tengo la suficiente fe. Pero es que no la tiene nadie. Ni el mayor predicador. Es muy difícil. Yo he llegado a decirle a Dios que no sé lo que quiere de mí...

¿Hay algún detalle en especial que le recuerde a su hijo?

Muchos. Era muy aficionado al piragüismo. Como su hermano era algo mayor y traía a casa algún trofeo, Alfredo se ponía como loco queriéndose igualar a su hermano. Tenía predilección por él. También le gustaba mucho el baloncesto. La víspera de lo que pasó, por ejemplo, bajé al Club Natación a buscarlo y estaba jugando un partido. Como vi que aún tenía para un rato, le dije que me subía y me respondió que no. "Que no, mami, espérame, que enseguida terminamos". Y mientras le veía jugar en la canasta que había allí en el frontón pensaba que venía muy espigado, muy alto. Pienso que ese deporte seguramente le habría gustado.

En el casco viejo aquellos fueron años muy violentos...

Y tanto. Todos los días estábamos con algo. Todos. Había miedo a cualquier paquete que se veía por allí tirado en la calle. Un día veníamos de un cumpleaños y eran ya las once de la noche. Llegamos a casa y había una bolsa, un paquete en la puerta, arriba, en la escalera. Alfredo fue directamente a tocarlo y yo le pegué un grito. Nos fuimos fuera. Llamamos a la policía, desalojamos la casa entera. Yo le repetía a mi marido que a ver quién nos podría haber dejado ese paquete... Y como estábamos todos los días oyendo cosas de éstas, pues lo mejor que se nos ocurrió fue llamar a la policía. Vino y desalojó. Somos cuatro pisos nada más. Cuando habían salido todos los vecinos fueron a desactivar. Y, fíjate, era una bolsa de leche. Una bolsa que se me había caído a mí al volver de la tienda. Falsa alarma. Y toda la leche derramándose, cayendo por la escalera... Estábamos de psicosis, vaya. Pero mira, eran años tan duros, de poner la radio y a ver quién ha muerto hoy, a ver a quién han matado.

¿Con qué se queda de estos años?

Estoy muy muy agradecida a todos los amigos de Alfredo que aún se acuerdan de él. Ya son unos hombretones, casados y con hijos, pero me hace ilusión. Me recuerdan a él.

¿Se lo imagina como ellos?

No lo sé. Él me decía muchas veces que iba a ser famoso. Era muy bromista, muy espontáneo. Le llamaban el Guindi de lo guindilla que era. Estaba lleno de vida. Cuánto me acuerdo de él, si supiera...

